

El discurso periodístico: entre el discurso histórico y la *fiction*. Hacia una semiótica del acontecimiento*

Jorge LOZANO HERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid
jorgelozano@ccinf.ucm.es

Recibido: 26/10/2012
Aceptado: 14/03/2013

Resumen

En una posible tipología de los discursos, el discurso periodístico se encontraría entre el histórico y la *fiction*. De su proximidad y lejanía con estos tipos de discursos cabe una reflexión sobre la construcción del acontecimiento, entendido este como configuración discursiva. El discurso periodístico hoy puede ser predominante en la historia del presente (*Zeitgeschichte*). Un ejemplo de los procedimientos de estrategias discursivas en todos ellos lo ofrece el caso paradigmático de Wikileaks.

Palabras clave: Periodismo, Discurso Histórico, *Fiction*, *Faction*, Acontecimiento

Journalistic Discourse: Between Historical Discourse and the Fiction. Towards Semiotics of the Event

Abstract

A possible typology of discourses would set the journalistic discourse between the historical and the fictional ones. Considering its proximity and distance to this type of discourses, we should discuss about the construction of the Event, understood as a discursive configuration. Nowadays, journalistic discourse may be prevailing in the history of the present (*Zeitgeschichte*). A good example of the discursive strategies procedures in all of them is provided by the ground case of Wikileaks.

Keywords: Journalism, Historical Discourse, Fiction, Faction, Event

Referencia normalizada

LOZANO HERNÁNDEZ, Jorge (2013): "El discurso periodístico: entre el discurso histórico y la *fiction*. Hacia una semiótica del acontecimiento". *Estudios sobre el mensaje periodístico*. Vol. 19, Núm. 1, págs.: 165-176. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense.

Sumario: 1. Introducción: los relatos del mundo. 2. Fiction/Faction. 3. La presencia. 4. Lo verosímil. 5. El acontecimiento. 6. Confluencias: Wikileaks o la historia del presente. 7. Referencias bibliográficas.

1. Introducción: los relatos del mundo

"Corresponde a la teoría decidir lo que podemos observar"
Albert Einstein

"Lo inevitable no sucede jamás, lo inesperado siempre"
John Maynard Keynes

No cabe duda de que el periodismo puede ser encarado como profesión, como ciencia de la comunicación, como información (en cuyo étimo *in-formare*, encontra-

* Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación de I+D "El fenómeno WikiLeaks en España: un análisis semiótico y mediológico", Ref. CSO2011-23315.

mos una clara relación con forma). Fuere como fuere, últimamente, el sema *periodismo* ha venido acompañado de cualificaciones, atributos y modalizaciones tales como “periodismo de precisión”, “periodismo de investigación”, “periodismo de datos” y “periodismo de calidad”. En las páginas que siguen, el periodismo será descrito como discurso, caracterizado fundamentalmente por su arquitectura textual y por sus estrategias, justamente discursivas, que encuentran su *pedigree* en la secular narratología y en los dignísimos estudios sobre el relato (*récit*). En este último caso, merece la pena traer a colación las palabras de Roland Barthes, quien escribió:

“Innumerables son los relatos del mundo. Hay, en primer lugar, una variedad prodigiosa de géneros, ellos mismos distribuidos entre sustancias diferentes, como si toda materia le fuera buena al hombre para confiarle sus relatos: El relato puede ser soportado por el lenguaje articulado, oral o escrito, la imagen, fija o móvil, el gesto, y por la combinación ordenada de todas estas sustancias; está presente en el mito, la leyenda, la fábula, el cuento, la novela, la epopeya, la historia, la tragedia, el drama, la comedia, la pantomima, el cuadro pintado (piénsese en *Santa Úrsula* de Carpaccio), el vitral, el cine, las tiras cómicas, el noticias policiales, la conversación. Además, en estas formas casi infinitas, el relato está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades; el relato comienza con la historia misma de la humanidad; no hay y no ha habido ninguna parte en ningún pueblo sin relato; todas las clases, todos los grupos humanos tienen sus relatos, y muy a menudo estos relatos son saboreados en común por hombres de cultura diversa [...]” (Barthes, 1966: 2).

Si hablamos, por ejemplo, de historia, esta es hija del relato (Lozano, 1994). Por poner un sólo ejemplo, Hegel recuerda que la palabra “historia” significa tanto *historiam rerum gestarum* como la *res gestas* mismas; tanto narración histórica, como los hechos y los acontecimientos. Añade el filósofo de la historia: “debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos” (1974: 137).

2. Fiction/Faction

Podríamos afrontar el discurso periodístico comparándolo, es decir, estableciendo diferencias, con otro discurso, por ejemplo, el literario. Sin embargo, elegimos el discurso histórico en tanto que ambos tienen una directa relación con los regímenes de verdad, de veracidad, o, más precisamente, con la veridicción: decir verdad, contar lo que realmente ha sucedido, contar que lo que ha sucedido es verdad porque se ha visto, que quien lo ha visto sabe, y lo que sabe lo dice, diciendo la verdad. Son estas las primeras características del discurso histórico, que se diferenciaría del texto de ficción y que conformarían lo que Pomian (1999) ha dado en llamar *marcas de historicidad*.

Desde el análisis de la historiografía jónica (Lozano, 1994), los propios textos, en modo reflexivo, señalan enunciacionalmente que no son textos de ficción, que no son productos de la imaginación. Así, el historiador (Lozano, 1994), *histor*, testigo ocular, el que sabe porque ve, hace de la *autopsia* “la exigencia de ver con los propios ojos

como garantía de la realidad histórica de cuanto es conocido” (Nenci, 1953: 16). Una historia en tiempo presente¹.

“Yo he visto”, que acredita al enunciador de “yo digo”, es un *ethos*, la *auctoritas* que legitimará el discurso histórico hasta el siglo XVI cuando invenciones y revoluciones científicas hacen concebible la idea de un conocimiento mediato (bien por huellas, trazas, pistas, indicios, bien por documentos, monumentos, archivos...), siempre manteniendo aún con simulación, que la *historio-grafía*, la escritura de la historia bien que sea escritura no pertenece a la imaginación, a la fantasía, a la *fiction*.

Actualmente, esa oposición entre lo imaginado y lo real, entre las ficciones y los hechos, ha dado pie a la pareja *fiction/faction*² para señalar, con este último término, unos hechos reales (*facts*) que podrían relacionarse con la *fiction*.

En semiótica, desde Saussure, pensamos que la *parole*, o proceso para Hjelmslev, son consecuencias de una *langue* (Saussure) y de un sistema (Hjelmslev), del mismo modo que un mensaje es consecuencia de un código (Jakobson). O que todo enunciado (discurso) es producido por una enunciación. Esta idea se la debemos a Émile Benveniste, autor del “Aparato Formal de la Enunciación” (“la enunciación es este poner a utilizar la lengua por un acto individual de utilización”, Benveniste, 1977: 83).

En otro texto, Benveniste habla de dos sistemas diferentes de enunciación: el de la historia y el del discurso. La enunciación histórica, señala, “está hoy reservada a la lengua escrita que caracteriza a la narración de los acontecimientos pasados” (Benveniste, 1971: 285 y ss)

Para Benveniste los tres términos “narración”, “acontecimiento”, “pasado”, deben estar subrayados. Se trata, dice, de “la presentación de los hechos que han acaecido en un cierto tiempo, sin ninguna intervención del hablante en la narración. Para que puedan ser registrados como hechos acaecidos, deben pertenecer al pasado. Sin duda, sería mejor decir: desde el momento que son registrados y enunciados en una expresión temporal histórica, se encuentran caracterizados como pasados” (*ibid.*).

Más adelante dirá, “definiremos la narración histórica como aquel género de enunciación que excluye toda forma lingüística “autobiográfica”. El historiador no dirá jamás *yo*, ni *tú*, ni *aquí*, ni *ahora*, puesto que no tomará jamás prestado el aparato formal del discurso. En la narración rigurosamente histórica, podremos por tanto encontrar sólo forma de tercera persona” (*ibid.*), que para Benveniste más que tercera persona, se trata de la no-persona. “De modo análogo, en el campo de la expresión temporal, la enunciación histórica comporta tres tiempos: el aoristo (pasado remoto, pasado indefinido), el imperfecto (incluida la forma condicional) y el pluscuamper-

¹ En plena contemporaneidad, Elie Wiesel afirma que “si los Griegos han inventado la tragedia, los Romanos, la correspondencia, y el Renacimiento, el soneto, nuestra generación ha inventado un nuevo género, el testimonio”. Citado por Hartog (2005:193).

² Antony Beevor, en un artículo titulado *La fiction et les faits. Perils de la “faction”* (2011), encara precisamente la relación entre estos dos conceptos, que encuentra sus antecedentes en la novela histórica de la que es un señero representante, para esta discusión, Walter Scott. Historiadores como Ranke y Michelet “rechazan explícitamente la novela histórica de Walter Scott” (cfr. Lozano 1994: 182). En el número 165 de *Le débat*, titulado “L’histoire saisie par la fiction”, se afronta en profundidad este tema.

fecto.” (*ibid.*) Es obvio que el presente está excluido, exceptuado, en la teoría de Benveniste, el caso rarísimo del presente atemporal, que es el “presente de definición”.

Afirma también Benveniste que “los acontecimientos son enunciados como si fueran producidos en su aparecer en el horizonte de la historia. Ninguno habla, los acontecimientos parecen contarse ellos mismos. El tiempo fundamental es el aoristo, que es el tiempo del acontecimiento fuera de la persona de un narrador” (*ibid.*). En cambio, los tres tiempos fundamentales del discurso, excluidos de la narración histórica, son el presente, el futuro y el perfecto, y hace uso libremente de todas las formas personales del verbo, tanto *yo/tú*, como *él*.

Quiero señalar una gran coincidencia entre estas afirmaciones lingüísticas de Benveniste respecto a los acontecimientos, con las históricas e historiográficas de Ranke, que considera que hay que mostrar las cosas tal y como sucedieron (*Er will bloss zeigen wie es eigentlich gewesen*). Tamaño aserto, mostrar las cosas tal y como sucedieron, máxima expresión de la objetividad de la escuela histórica alemana del siglo XIX, enfatizando la renuncia a cualquier manifestación de la subjetividad, fue rápidamente contestado, entre otros, por Georg Simmel, y sin embargo, continúa siendo anhelo y consigna de la actual profesión de periodista, y por tanto, uno de los supuestos rasgos distintivos del discurso periodístico, que lo hermana, también bajo ese aspecto, al discurso histórico.

En el clásico *Analytical Philosophy of History*, Arthur Danto (1965), que gustaba de decir “history tells stories”, refiriéndose a las *narrative sentences*, que son clases de frases que se refieren al menos a dos acontecimientos separados en el tiempo (aunque describan sólo el primero de estos acontecimientos), habla de un *ideal chronicler* (cronista ideal)³, que supuestamente conocería todo lo que acontece en el momento en que sucede y podría dar una descripción instantánea y completa. En este sentido, podemos decir que pretendió ser un cronista ideal Valle-Inclán cuando iba a escribir en 1917 *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*. “Era mi propósito condensar en un libro los varios y diversos lances de un día de guerra en Francia” (Valle-Inclán, 1917: 102 y ss.). Allí leemos también:

“Acontece que, al escribir de la guerra, el narrador que antes fue testigo, da a los sucesos un enlace cronológico puramente accidental, nacido de la humana y geométrica limitación que nos veda a la vez en varia partes; [...] el narrador ajusta la guerra y sus accidentes a la medida de su caminar: las batallas comienzan cuando sus ojos llegan a mirarlas [...] Todos los relatos están limitados por la posición geométrica del narrador (Valle-Inclán, 1917: 102 y ss.).

Por otra parte también dice “yo, torpe y vano de mí, quise ser centro y tener de la guerra una visión astral, fuera de geometría y de cronología, como si el alma desencarnada, ya mirase a la Tierra desde su estrella”. Tamaña imposibilidad es debida

³ En palabras de Danto, el cronista ideal “knows whatever happens in the moment it happens, even in other mind. He is also to have gift of instantaneous transcription: everything that happens accross the whole forward rimo f the Past is set down by him, as it happens, the way it happens. The resultant running account I shall term the Ideal Chronicler” (Danto, 1965: 149).

según Valle a la existencia de dos puntos de vista diferentes: “la que media entre la visión del soldado que se bate sumido en la trinchera, y la del general, que sigue los accidentes de la batalla encorvado sobre el plano” (*ibid.*).

3. La presencia

En la decepción de Valle-Inclán, como en la utopía del cronista ideal, sin entrar en el mito de la objetividad, y más precisamente en el mito de la narración histórica, nos encontramos con el complejo problema de la presencia, que, en principio, se opone a ausencia. En nuestra tradición fenomenológica, Merleau-Ponty sostuvo que el análisis del tiempo hace aparecer al objeto y al sujeto como dos momentos abstractos de una estructura única que es la *presencia*. Presencia es un *indefinible*, se lee en los *Prolegómenos* de Hjelmslev. Por su parte, *praesens*, en el análisis del significado de *prae* que realiza Benveniste (1983), no es lo que está ahí, sino lo que está delante de mí. *Praesens*, continúa el semiólogo tras analizar por ejemplo, *praesens pecunia*, es “lo que está delante de los ojos, visible, inmediatamente presente” (1983: 393). La presencia, entonces, es una presencia actual, que implica un deíctico *nunc*, *ahora*, y el *nunc* es visto como el *origo* de la deixis temporal. Por tanto, si *ego*, *hic* y *nunc* pertenecen al discurso y no a la historia, la presencia debe devenir ausencia como el presente trasladarse a un aoristo, pretérito *indefinido* que fuere, etc. Por otra parte, *ahora*, también está relacionado en un cierto sentido con el instante (*in-stans*). Quintiliano definía el presente como *tempus instans*, tiempo anclado en el ahora, y según Aristóteles el instante es la esencia del tiempo: el tiempo es continuo gracias al instante y dividido según el instante, lo que constituye una aporía para Ricoeur.

Extraordinaria coincidencia que hace de la narración histórica un relato construido sobre la base de negar todos aquellos deícticos *yo-tú*, *aquí* y *ahora*, que caracterizan a todo discurso. Si la narración es un principio de inteligibilidad y no sólo una forma así llamada narrativa, es debido a que la narración sigue el *diktat* de la configuración discursiva y no tanto de sus contenidos. El discurso periodístico, como el discurso histórico, como el discurso de ficción, no se define *a priori*, ni por los contenidos que transmiten o contienen. Acaso por ello, la con-fusión de géneros discursivos permiten que una novela pueda pertenecer a una Enciclopedia histórica⁴.

Más allá de hibridismos (Burke), de la denominada *convergence culture* (Jenkins), y búsquedas incesantes de autentificación de posibles mezclas, con-fusiones, mestizajes, la *remediation*, etc., conviene recordar que al mismo tiempo, la recurrente insistencia de los historiadores por distinguir historia y ficción, ha atravesado toda la historia de la historiografía. Sirvan dos ejemplos tomados al azar. Polibio (2,56), en su polémica contra Filarco a propósito de su relato sobre la caída de Mantinea, sostiene:

“[...] puesto que no igual, sino opuesto, es el fin de la historia y de la tragedia: la tragedia debe, con los discursos más convincentes, impresionar al auditorio y momentáneamente seducirlo; la historia, en cambio, con la verdad de los hechos y los discursos, debe convencer y ser al mismo tiempo una enseñanza perenne para quien ama el saber: en una,

⁴ Por Enciclopedia hago referencia al concepto que Eco dio en *Lector en Fabula* (1979).

aunque sea falso, tiene su dominio lo verosímil, que ilusiona engañosamente a los espectadores, en la otra lo verdadero, que sea útil a quien ama el saber” (Lozano, 1994: 176-177).

Muchos siglos más tarde, Michelet en su famoso *Préface* de 1869, escrito cuarenta años después de que concluyera su *Histoire de France*, después de referirse a Juana de Arco, afirma (pp: XXXIV y XXXV):

“J’ai dans ce grand récit pratiqué et montré une chose nouvelle, dont les jeunes pourront profiter: c’est que la *méthode historique* est souvent l’opposé de l’art proprement littéraire. L’écrivain occupé d’augmenter les effets de mettre les choses en saillie, presque toujours aime à surprendre, à saisir le lecteur, à lui faire crier: “Oh!” il est hereux si le fait naturel apparaît un miracle. Tout au contraire, l’historien a pour spéciale mission d’expliquer ce qui paraît miracle, de l’entourer des précédents, des circonstances qui l’amènent de le ramener à la nature. Ici, je dois le dire, j’y ai eu du mérite. En admirant, aimant cette personnalité sublime, j’ai montré à quel point elle était naturelle” (cit. en Lozano, 1994: 182).

Para la Semiótica de la Cultura, según nos enseña Lotman, ciertos textos culturales recibidos como religiosos en la Edad Media, son considerados verdaderos, mientras siglos más tarde son leídos como literarios, es decir, como *fiction*.

4. Lo verosímil

En un texto intitulado “El contrato de veridicción”, significativamente dedicado a Paul Ricoeur, Greimas (1989) aborda el concepto de verosímil, que inicialmente podría incluirse en un cierto relativismo cultural. Sin embargo, para la semiótica generativa, lo verosímil depende del conocido fenómeno de la categorización del universo de los discursos que se efectúa gracias a lexicalizaciones clasificatorias cuyas *teorías de los géneros*, variables de una cultura a otra, y de una época a otra, ofrecen el mejor ejemplo. Para Greimas, el criterio de verosimilitud no es aplicable a los discursos abstractos, sino sólo a los discursos figurativos; no a los discursos normativos, sino a los descriptivos y “su aplicación no sólo se limita a los discursos literarios (considerados como obras de ficción), sino a todo discurso narrativo” (Greimas, 1989: 120). Más allá de lo discutible de su no aplicación a discursos abstractos y normativos, sí consideramos con él que “lo verosímil que, a primera vista, parece complementario de la idea de ficción, no depende, por tanto, de la teoría literaria, sino de una tipología general de los discursos” (*ibid.*). Y merece la pena arrojar, con Greimas “una mirada sobre las producciones discursivas africanas, para darse cuenta de que en gran número de sociedades, los discursos etnoliterarios, en lugar de evaluarse en función de lo verosímil, lo son en función de su veracidad, que los relatos orales se clasifican, por ejemplo, en “historias verdaderas” e “historias para reír”, siendo las historias verdaderas, evidentemente, mitos y leyendas, mientras que las historias para reír sólo relatan simples acontecimientos cotidianos” (*ibid.*, 121)

5. El acontecimiento

Hasta aquí, someramente, hemos hecho referencia a *marcas de historicidad* y *marcas de veridicción*, pero todavía falta una aproximación a lo que permitirá relacionar de

forma más directa el discurso periodístico y el histórico, esto es, el papel que juega el acontecimiento. Comencemos por definirlo.

Podemos, antes de nada, recordar a Proust en *La Prisonnière*: “il semble que les événements soient plus vastes que le moment où ils ont lieu et ne peuvent y tenir tout entiers”.

La relación con el tiempo del acontecimiento ha consentido que desde Homero, por ejemplo, continuamente se haya intentado producir acontecimiento irreductible que “no se deje comprender en la trama memorable de los relatos y de los ciclos [...] acontecimiento incomparable, ininteligible, que lleve al límite -fuente de lo sublime y de interrogación sin fin-” (Jullien, 2001: 98).

En 1952, se publicó un libro de Carlo Diano, estudioso del mundo griego, cuyo título es especialmente significativo *Forma ed Evento* (1993), dos conceptos que se me antojan especialmente pertinentes para la descripción del discurso informativo, para la descripción del discurso periodístico. En el prólogo, Remo Bodei (1993: 9 y ss.) señala que dicho término, acontecimiento, no indica lo que acaece en general, sino más bien el *quod cuique evenit*, lo que sucede a alguno, a alguien, y tiene valor para el interesado directamente. El acontecimiento está privado de relación alguna con la experiencia de un sujeto específico. Es, dirá Bodei, un concepto vacío. Es siempre puntual e individualizado, “constituye un vivido y no un pensado” (Bodei, *ibid.*).

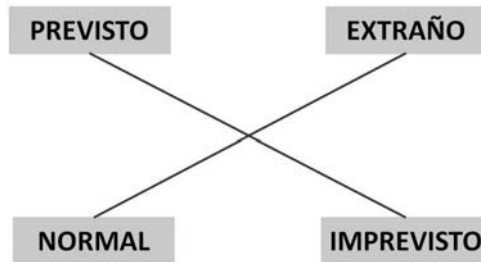
En apéndice señala cómo un *evento* (acontecimiento) viene del latín y traduce al griego *tyché*, donde, como hemos dicho más arriba, “*id quod cuique evenit*”. Dice Diano: “que llueva es algo que sucede, pero esto basta para hacer un acontecimiento. Para que sea un acontecimiento, es necesario que este acaecer, lo sienta como un acaecer para mí” (Diano, 1993: 69). Y más adelante dice “y si cualquier evento se presenta a la conciencia como un acaecimiento, no todo acaecimiento es un acontecimiento”. Y más adelante dirá “el evento es siempre *hic et nunc*, sólo en el instante en que lo advierto” (Diano, 1993:70).

Situémonos en la modernidad, tardomodernidad, postmodernidad, o como se quiera. Asistimos a una palinodia de textos, de géneros tales como “docudrama”, “infoentretinimiento”, la ficción de los hechos, metaficción histórica, *faction*, y que han dado paso a novelas como *A sangre fría*, o películas como *La Lista de Schindler*, *Hitler: A film from germany*, *JFK, A Story for the Modlins*, etc. En todos estos casos, está marcada la oposición entre hecho y ficción. No se trata de que a los acontecimientos reales se les del aspecto de hechos imaginarios o a que a los acontecimientos imaginarios se les presente con realismo, sino que más bien, dice Hayden White, “se deja en suspenso entre lo real y lo imaginario. Todo se presenta como si perteneciera al mismo orden ontológico, tanto *real* como *imaginario*, “realistamente” imaginario, o “imaginariamente” real, con el resultado de que la función referencial de las imágenes de los acontecimientos se desvanece” (White, 1999:187)

Cuando la historia fue considerada historia *magistra vitae*, se pensó que cualquier hecho histórico podía legitimarse en tanto que se adecuaba a hechos anteriores. Así, la Revolución Francesa quiso imitar a la Inglesa, Robespierre quiso imitar primero a Cromwell y después a Napoleón, la Revolución Rusa quiso imitar a la Francesa, etc., dando la razón a Cicerón cuando sostenía que la historia está llena de ejemplos. Al mismo tiempo, ante los textos contemporáneos, nos encontramos con que los datos,

los acontecimientos, los hechos, que la praxis histórica tantas veces ha confundido, presentan sucesos que procuran el conocido fenómeno denominado *déjà-vu*, según el cual, y siguiendo a Bergson, percibimos (presente) y recordamos (pasado) simultáneamente. Sugiero que estamos asistiendo a la manifestación de todo tipo de acontecimientos en cadena que, más que ejemplos o *déjà-vu*, mantienen entre ellos un cierto *aire de familia*, y se pueden inscribir en lo que en semiótica se ha denominado semi-simbólico, que permite definir también lo indistinto.

Traigo a colación el texto de Roland Barthes *Estructure du fait divers* (1962), que considero fundamental bajo este prisma, para definir también el acontecimiento en el discurso periodístico. El suceso (*fait divers*) se constituye, según Barthes, en la unión entre una causalidad aleatoria y una coincidencia ordenada. Ambos movimientos recubren esa zona ambigua donde el suceso es vivido como signo, y cuyo contenido es, sin embargo, incierto.



Con este cuadrado de Marrone (2001: 94), *previsto* y *extraño* son contrarios; *normal* e *imprevisto*, subcontrarios; *previsto* e *imprevisto* y *extraño* y *normal* son contradictorios; y *previsto* y *normal* y *extraño* e *imprevisto*, mantienen una relación de implicación. Esta representación gráfica de las categorías semánticas *extraño* y *previsto*, la he podido utilizar para un análisis del 11-S, donde por cierto, muchos espectadores que vieron, con la diferencia de huso horario, las imágenes de las torres en el Telediario, pensaron, razonablemente, que era *fiction*, imágenes que pertenecían a una película de ficción. Quiero recordar que el periodista de la CNN, cuando dio la noticia del suceso de las Torres Gemelas, que percibió como algo imprevisto, sorprendente, con todas las características de lo discontinuo, inesperado, aleatorio, explosivo, inmediatamente, profirió el enunciado narrativo “America under attacks”. De ese modo, el acontecimiento vertical, haciendo referencia a las torres, inexplicable, incomprensible, ininteligible, se incorporaba, en el espacio horizontal de una narración, haciendo que el acontecimiento ininteligible alcanzara su rango narrativo de inteligibilidad. Haciendo así, se pasa de algo aleatorio, azaroso, casual, a algo causal, según el principio antiguo de *post hoc ergo propter hoc*.

Siguiendo con el cuadrado semiótico, el recorrido que va de imprevisto a extraño, de extraño a normal, y de normal a previsto, podemos entender que, en poco tiempo -de manera análoga a la que pasa cuando se percibe una imagen (la de las Twin Towers) como *déjà-vu* y se pasa luego a un hecho real e histórico en sus consecuencias- se pueda pasar de algo imprevisto a algo previsto.

Lo imprevisto, y esto es un axioma en semiótica de la cultura, en la conciencia del observador, es sustituido por lo regular, por lo normal, y a su vez, lo sucedido es proclamado como lo único posible, está fundamental e históricamente predeterminado. Y lo que no ha sucedido es interpretado como algo imposible.

En los complicados y complejos avatares del acontecimiento (*event, Ergenis, évènement*, evento), *coupure* para Bastide, para Deleuze una vibración, con una infinidad de armónicos, como una onda sonora, una onda luminosa, con sus idas y venidas, un estallido de sentido, una novedad sorprendente, una novedad rumorosa para Braudel, el emblema de todas las cosas pasadas para Ricoeur, construido por los medios de comunicación de masas para Verón, sinónimo de accidente, catástrofe, discontinuidad, etc., siempre ha estado confrontada con la estructura. Se ha presentado como una no-estructura, cuando no anti-estructura. Así, invisible pero regular, la estructura aparecía como anulación del acontecimiento. Y ello sin recordar a Braudel, que en aras de la estructura como *longe durée*, quería encerrar, encarcelar al acontecimiento, pues era engañoso como la espuma de la marea, como un fuego de artificio, fugaz, cegador, efímero, explosivo.

Mas la síntesis se intentó; el exilio del acontecimiento se consideró momentáneo y se salvó la posibilidad de reconstruir el cambio, la discontinuidad visible y perceptible (respecto al estado que precede inmediatamente a su desaparición), hasta el punto que dejaron de separarse las estructuras lógicas y estables de aquellos desdeñados acontecimientos tildados de irracionales y efímeros. Inseparables entonces, como inseparables son lo real y lo materialmente acaecido, y el significado que los actores y espectadores le atribuyen. Pues como nos enseñó también Merleau-Ponty, en clara consonancia con Diano, no hay acontecimiento sin alguien a quien le advenga. Los historiadores, se sabe, huyendo del acontecimiento, por esencia político, sólo describible en prolijas e inútiles narraciones, terminaron así por huir de la propia historia, para centrarse en el estudio de procesos lentos, de las transformaciones imperceptibles (y de las invariantes históricas), y ocuparse de aspectos anónimos y constantes de la vida (las tradiciones, la vida cotidiana), dando así historia a lo que hasta entonces estaba privado de ella (en Semiótica de la Cultura se sostiene que la historia, como la moda, es semiótica por naturaleza, en el sentido que supone una semiotización de lo real, la transformación de un no-signo en signo).

Curiosamente, mientras ciertas corrientes históricas se dirigían a la no-historia, la semiótica, por ejemplo, la de tradición estructuralista (lingüística, sincrónica), obligada a aislar la cultura del espacio histórico circundante, y constreñida a ocuparse en su análisis de la descripción inmanente del texto, fue progresivamente atendiendo, por ejemplo en la semiótica del arte, a fenómenos denominados por Lotman explosivos (el arte, dice, es hijo de la explosión). Si nos fijamos en la explosión (o en algún acontecimiento especialmente significativo, incoativo o perfectivo que sea), se coloca su momento en la intersección de pasado y futuro, o en dimensión casi atemporal (podría considerarse como proceso explosivo, en el sentido lotmaniano, como Acontecimiento, la caída del Imperio Romano, bien que haya durado algunos siglos). Por su parte, el presente, no es sólo creador del pasado, sino que a su vez, crea un nuevo pasado.

Visto así, el acontecimiento, para Greimas, como para Ricoeur, es una configuración narrativa, o aún mejor, discursiva. Por su parte, para Lotman, los acontecimientos transcurren en el tiempo, pero la descripción de los mismos, registrada en una hoja de papel, sea un cuaderno, sea un periódico, tienen un carácter puramente espacial.

El acontecimiento, se pensaba, tenía una extensión temporal diferente de la estructura. Además, la representación de las estructuras se aproxima al procedimiento de la descripción, mientras que la de los acontecimientos suele coincidir con una narración. Tras décadas de debate a este respecto, han surgido mutaciones en la tipología general de los discursos, que han permitido generar, por ejemplo, una *Zeitgeschichte* (para referirse a una historia del tiempo presente) de la que se ha hecho cargo, razonablemente, el periodismo, una presentificación del presente que ha hecho concebir preguntas como cuánto dura el presente⁵, una revisión de la pareja acontecimiento/estructura, una expansión del concepto de verosímil a otros discursos, una reivindicación de la retórica, no tanto como tropología, sino como organización funcional de los discursos, una revisión tanto del concepto de *testigo*, como el de *víctima*, o una atención a la memoria entendida, sobre todo, como construcción... en los textos.

Las viejas cuestiones, los viejos problemas, sin embargo, siguen presentes. Conceptos como verdad, realidad, representación de la realidad, siguen constituyendo las grandes isotopías de los discursos periodísticos, históricos y de ficción, entrelazados como en una cinta de Moebius, y derribando constantemente las fronteras entre ellos. Al mismo tiempo, el famoso aforismo, tantas veces repetido de Nietzsche, “no hay hechos, solo interpretaciones”, ha sido contestado recientemente por Umberto Eco, afirmando que el mismo Nietzsche no podría dejar de reconocer que el caballo al que un día abrazó en Turín, existió como hecho “antes de que él decidiera hacerlo objeto de sus excesos afectivos”. Dicho de otro modo, para que haya interpretación, tiene que haber algo que interpretar.

Sugiero, en este sentido, la relectura de “El efecto de realidad” (1968) de Roland Barthes, donde aparece el concepto de *ilusión referencial*, ilusión común a textos literarios y textos históricos. Quizá nos permita orientar mejor el debate actual entre los partidarios de la retórica de la historia, de los defensores de la narración como principio de inteligibilidad, que como Hayden White, ven a la Historia cercana a la Literatura, pues ambas poseen modos “semejantes”, aunque diferentes, de constituir la “realidad”. Una cercanía a la literatura que no encuentra con las ciencias físicas, o con aquella filosofía de la historia que quiso parangonar el acontecimiento histórico con el acontecimiento físico, en tanto que ambos eran singulares, irrepetibles, etc. Por otra parte estarían aquellos historiadores (Ginzburg, 2000) que desconfían de la historia como retórica en defensa de una historia capaz de dar cuenta de los *hechos*, haciendo uso de las pruebas.

6. Confluencias: Wikileaks o la historia del presente

Más allá del papel de las pruebas en Aristóteles (Lozano, 2012: 29 y ss), fundamental en la propia *episteme* retórica, temo que semejante esfuerzo por reivindicar justa-

⁵ Título de una investigación incluida en el Proyecto Salvador Madariaga 2008 del Ministerio de Educación y dirigida por Mario Perinola, de la Universidad Tor Vergata (Roma).

mente, con justicia y con justeza, la propia especificidad, en este caso, del discurso histórico, o mejor dicho, historiográfico, para señalar el fundamental papel de la escritura de la historia, no es óbice para reconocer los mecanismos intrínsecos discursivos en los tres tipos de discurso señalados: el periodístico, el histórico y el de ficción.

Tomemos brevemente el caso Wikileaks. En principio, una operación, análoga a la de cualquier historiador (o cualquier espía), que trata de desvelar, descifrar, descifrar unos documentos, para coleccionarlos en un Archivo que puede ser visto como un gran Monumento, y leído como un Documento (Foucault). Esta operación no es, en ningún caso, diferente al trabajo de un historiador *à la* Bloch, que sostenía que el historiador trabajaba por trazas, por indicios, como un detective, que trabaja por pistas, o un médico, que trabaja por síntomas, o un cazador, que trabaja por huellas, etc. Operaciones, todas ellas, de alta semiotividad, dirigidas a convertir un no-signo en signo, algo desconocido en conocido, algo hermético en revelado, algo secreto en transparente.

En Wikileaks se concentran ficciones, estrategias, escrituras, documentos. Es un caso de historia del presente. Un ejemplo de *presentismo* (Hartog), y un clamoroso caso de *autopsia*: quien se acerque a ver el vídeo *Collateral Murder* publicado por Wikileaks, podrá ver un texto real, verdadero, en directo, y presentado para su autenticación, como si fuera una película, incluyendo en su presentación, incluso, los títulos, justamente, de crédito. Crédito, credibilidad, credulidad, confianza, confidencia son algunos de los semas que se encuentran en la estrategia de “hacer creer” (Lozano, 2012) que caracteriza a toda persuasión, presente e imprescindible en el discurso periodístico; y en el histórico; y en el de ficción.

7. Referencias bibliográficas

- BARTHES, Roland (1966), “Introducción al análisis estructural de los relatos”, en NICCOLINI, Silvia (ed.): *El análisis estructural*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina 1977, pp. 2-57.
- BARTHES, Roland (1987): “El efecto de realidad”, en BARTHES, Roland: *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós.
- BEEVOR, Antony (2011): “La fiction et les faits. Périls de la *faction*”. *Le débat*, nº 265. Paris, Gallimard, pp. 26-41.
- BENVENISTE, Émile (1971): *Problemi di linguistica generale*. Milán, Il Saggiatore.
- BENVENISTE, Émile (1983): *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid, Taurus.
- CANFORA, Luciano (2010): *La storia falsa*. Milán, Rizzoli.
- DIANO, Carlo (1993): *Forma ed evento*. Venecia, Marsilio.
- DANTO, Arthur Coleman (1965): *Analytical Philosophy of History*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ECO, Umberto (1999): *Lector in fabula*. Barcelona, Lumen.
- GINZBURG, Carlo (2000): *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*. Milán, Feltrinelli.

- GREIMAS, Algirdas Julien (1980): *Semiótica y Ciencias Sociales*. Madrid, Fragua.
- GREIMAS, Algirdas Julien (1982): *Del Sentido II. Ensayos semióticos*. Madrid, Gredos.
- HARTOG, François (2003): *Régimes d'historicité*. Paris, Seuil.
- HARTOG, François (2005): *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*. Paris, Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich (1974): *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*. Madrid, Revista de Occidente.
- JULLIEN, François (2001): *Du "temps"*. Paris, Grasset.
- LOTMAN, YURI (1999): *Cultura y explosión*. Madrid, Gedisa.
- LOZANO, Jorge (1994): *El discurso histórico*. Madrid, Alianza.
- LOZANO, Jorge (2006): "La costruzione dell'evento e storia del presente (Zeitgeschichte)", en AA.VV: *Costruire il dispositivo storico. Tra fonti e strumenti*. Milán, Bruno Mondadori Editori. pp. 291-297.
- LOZANO, Jorge (2012): *Persuasión. Estrategias del creer*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- MARRONE, Gianfranco (2001): *Corpi sociali*. Torino, Einaudi.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (2000): *Fenomenología de la percepción*. Barcelona, Península.
- NENCI, Giuseppe (1953): "Il motivo dell'autopsia nella storiografia greca", en *Studi Classici Orientali. Volume III*. Pisa, Libreria Goliardica.
- PARRET, Herman (2008): *Epifanías de la presencia. Ensayos semio-estéticos*. Lima, Fondo editorial. Universidad de Lima.
- POMIAN, Krzysztof (1999): *Sur l'histoire*. Paris, Gallimard.
- WHITE, Hayden (1999): "El acontecimiento modernista", en GARCÍA SELGAS, Fernando J., y MONLEÓN, José B. (Eds.): *Retos de la Modernidad*. Madrid, Trotta.
- VALLE-INCLÁN, Ramón María del (1970): *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra (1917)*. Madrid, Espasa Calpe. Colección Austral 302.
- VERÓN, Eliseo (1981): *Construir l'événement*. París, Minuit.